

Trabajo y consumo en crisis

Araceli Damián*

La edificación de la sociedad capitalista requirió grandes transformaciones en el comportamiento humano. Para que el ser humano pudiera ser encerrado en las fábricas hasta por 16 horas al día, tuvo que ser despojado de los medios de producción y ser convencido de que el trabajo duro y constante era un medio para la salvación.

La ética del trabajo en el capitalismo fue fundamental para el desarrollo mismo del sistema. De acuerdo con el sociólogo Zygmunt Bauman (*Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Gedisa editorial, 2000) la ética del trabajo nació bajo dos premisas: la primera consiste en que si se quiere conseguir lo necesario para vivir y ser feliz hay que hacer algo que los demás consideren valioso y digno de un pago; la segunda presupone que está mal y es moralmente dañino conformarse con lo ya conseguido y quedarse con menos en lugar de buscar más, en consecuencia descansar no es decoroso.

De esta forma, trabajar se vuelve un valor en sí mismo y con ello es necesario seguir trabajando aunque no se vislumbre qué cosa, que no se tenga ya, pueda ser aportada por el trabajo, y aunque lo que se consiga no se necesite para nada. Aunque Bauman no es un marxista, con base en su lectura podemos decir que esta filosofía es el fundamento para impulsar la producción, cuyo fin último es la apropiación de la plusvalía por parte de los dueños del capital. El aumento en el volumen de plusvalía se logró primero extendiendo la jornada laboral, con lo que los empleadores se apoderaron de la vida misma de los trabajadores.

Sin embargo, se requería que los trabajadores, convertidos también en consumidores, compraran un número cada vez mayor de mercancías para poder realizar así la plusvalía. Por tanto, dice Bauman, se tuvo que erradicar la idea de que era posible vivir decentemente con muy poco y de que el umbral de lo que se consideraba digno era inmutable.

El establecimiento de la idea de trabajar como un valor en sí mismo, a la par de la destrucción de la conveniencia de llevar una vida modesta, sentó las bases de la insaciable sociedad de consumo. La satisfacción de las necesidades dejó así de

regir la lógica del esfuerzo productivo y, lo más importante, sus límites. La humanidad entera quedó envuelta en la paradoja del crecimiento por el crecimiento mismo.

Sin embargo, muchos de los supuestos básicos para que una sociedad pueda producir de manera infinita están actualmente trastocados. Uno de los aspectos que Bauman no menciona es que los combustibles fósiles, base del sistema productivo, se están agotando rápidamente, como casi todos los recursos naturales que sustentan la vida en el planeta.

Lo anterior responde, entre otras razones, a la filosofía que subyace la forma de producción. El desarrollo de las fuerzas productivas, tal y como se ha dado, busca conquistar a la naturaleza para hacerla trabajar duro, hasta sus límites, para que sirva mejor a los intereses, más que de la humanidad, de una minoría.

Sin embargo, su conquista ha conducido a su agotamiento casi total. Así como alguna vez el hombre sometió al hombre a trabajar al límite de sus posibilidades, poniendo en riesgo la reproducción misma de la fuerza de trabajo, agota ahora la capacidad de la naturaleza. Pero mientras que los trabajadores pudieron lograr la reducción de la jornada laboral mediante cruentas batallas, la naturaleza no puede defenderse a sí misma, a menos de que se modifiquen sustancialmente los principios que rigen el sistema actual, situación que se antoja imposible.

Bauman si nos plantea que de las premisas que no funcionan más en esta sociedad consumista, es que el desarrollo tecnológico ha reducido la demanda de mano de obra y, por tanto, la gente no puede ganarse la vida a pesar de que tiene una capacidad de trabajo que vender. En las actuales circunstancias de crisis esta situación se recrudece, los mercados financieros no logran recomponerse y han tenido efectos perversos en la economía real, aumentando el desempleo a niveles no vistos en décadas.

Por otra parte, la fuerza de trabajo, ahora expulsada de la cadena productiva, que está acostumbrada a recibir órdenes de jefes o capataces, al no poder realizar un trabajo, siente y piensa que no es nada. El aburrimiento, que antes pudo sentir en el rutinario trabajo, se agudiza ante la imposibilidad de desplegar alguna actividad. Pero no es sólo la falta de trabajo lo que corroe al individuo que se queda sin

empleo, también es su imposibilidad de seguir consumiendo y el riesgo de volverse un paria al no tener un trabajo valioso que ofrecer.

Podemos decir que la sociedad de consumo siempre dejó fuera de la lógica de su funcionamiento a centenares o miles de millones de individuos de los países más pobres, que quedaron al margen de los beneficios del desarrollo. Pero como plante Bauman también creó millones de “consumidores defectuosos”, es decir, de pobres que viven en los países desarrollados y que no pueden consumir al ritmo impuesto por las clases privilegiadas. Pero ahora, además de expulsar a sus trabajadores, impone, sin pretenderlo, restricciones al consumo de sus clases privilegiadas, poniendo en riesgo los fundamentos mismos del sistema.

Nunca antes un sistema productivo había logrado tener, de manera paradójica, niveles tan altos de abundancia y simultáneamente padecer una escasez absoluta. ¿Qué tanto la crisis actual logrará concientizar a las clases en el poder a fin de que modifiquen los principios sobre los que se basa el sistema actual de producción? Si analizamos las medidas planteadas para paliar la crisis tendremos que responder que muy poco.

*El Colegio de México, adamian@colmex.mx